

Jesucristo ofreciéndose a Sí mismo en sacrificio, dando al hombre el derecho de unirse a Dios, no solamente con un corazón puro como en el día de la inocencia, sino con un corazón redimido que presenta a todo un Dios como víctima de adoración, de expiación y de acción de gracias.

4º Los sacrificios entre los Patriarcas.

Como consecuencia de esta degradación del hombre, que no podía ofrecer su corazón en el altar sino uniéndolo a símbolos toscos e impotentes, hasta que viese el Cordero de Dios, «*inmolado* –en promesa y en figura– *desde el origen del mundo*» (Apoc. 13 8), Abel ofrece lo más selecto de su ganado, Caín los frutos de la tierra que cultiva; Noé, al salir del arca, aves y animales; Melquisedec, sacerdote y rey de justicia y de paz, sacrifica al Señor pan y vino en el altar del Dios de los combates, para distribuirlo a los soldados victoriosos; Abraham y los patriarcas inmolan, allí donde Dios se les manifiesta, hostias solemnes en nombre de las familias y de las tribus; y para mostrar de una vez hasta dónde va el derecho de Dios en los sacrificios que exige de sus criaturas, y hasta dónde debía llegar un día la misericordia divina, el Señor manda al padre de los creyentes inmolar a su único hijo, bien que se contente con la obediencia del santo patriarca y acepte la inmolación de un carnero en lugar de Isaac.

5º Los sacrificios entre los paganos.

Las generaciones que olvidaron el conocimiento de Dios, de su fe y de su culto, para prostituir sus corazones a la idolatría, conservaron siempre y por todas partes como un dogma primitivo la ofrenda de los sacrificios a la divinidad. Si los hijos de los hombres pudieron engañarse sobre la unidad y la naturaleza de Dios, no se engañaron sobre este punto de la religión; y si sus falsas divinidades exigían víctimas con orgullo y profusión, era –dice San Agustín– porque el demonio sabía que se debían ofrecer al verdadero Dios; y si las inmolaciones de los gentiles fueron ridículas y bárbaras, fue porque era necesario acomodarlas a las extravagancias y a los desórdenes de la teogonía pagana.

En la religión verdadera el sacrificio del *hombre físico*, tan frecuentemente reclamado por el paganismo, hubiera sido una consecuencia rigurosa de los derechos de un Dios ofendido, cuya justicia no podía aplacarse ni siquiera por este medio; y la idolatría, que había perdido la fe y la esperanza de su Redentor, tenía razón en entender así los derechos del Ser supremo; pero en virtud de la muerte del Hombre-Dios, «*Cordero inmolado* –como canta la Iglesia– *para rescatar a las ovejas*», se contenta Dios con la inmolación del *hombre moral* y de sus pasiones, y la acepta misericordiosamente cuando va unida al sacrificio del Dios encarnado.

Hojitas de Fe

Dios es quien justifica

451

7. Los Sacramentos

El sacrificio en general, su necesidad y su uso entre los antiguos

*Entresacado del libro LA SANTA MISA,
de autor anónimo (siglo XIX),
INSTRUCCIONES PRELIMINARES, capítulo 2
(los títulos son nuestros)*

El primer lazo que todo ser tiene con Dios es el que lo vincula al Creador como obra suya. Los animales, los astros, el cielo y la tierra, están unidos a Dios de esta manera, y publican necesariamente su sabiduría, su bondad y su poder.

Y el segundo lazo que vincula libremente, no ya toda criatura, sino el corazón del hombre con Dios, es la religión; pues el hombre tiene, más allá de las demás criaturas, un corazón libre que ofrecer a Dios por medio de la oblación voluntaria de sus pensamientos y de su voluntad.

Estos sentimientos de fe y de obediencia, de adoración y de amor, de agradecimiento por los beneficios recibidos y de arrepentimiento por el pecado, que se elevan libremente del corazón del hombre, constituyen *la religión en sí misma*; y la expresión de todos estos sentimientos forma *el culto*, ya que, así como toda criatura inteligente ha de tener estos sentimientos de religión para con su Dios, Padre y Señor, también ha de expresarlos en el culto divino a través de los medios a su alcance.

1º El sacrificio como principal expresión de la religión que se debe a Dios.

La expresión religiosa se manifiesta especialmente por *el sacrificio*, que ha de ser esencialmente *interior*, porque Dios es espíritu y quiere ser adorado en espíritu, de suerte que el corazón se ofrezca y se inmole a un mismo tiempo, siendo a la vez el sacerdote y la víctima.

Pero el sacrificio debe ser también *exterior*, porque componiéndose el hombre de un cuerpo y de un alma, debe rendirle igualmente homenaje con este cuerpo que ha recibido de manos de su Creador, y dar pruebas evidentes de sus disposiciones interiores hacia la Divina Majestad.

Por una parte, el sacrificio exterior del cuerpo, o de los bienes que ha puesto la providencia a nuestra disposición, no es más que un signo sensible de la oblación íntima de nosotros mismos, y sería un sacrificio vacío e inútil sin los sentimientos del alma, que le son tan esenciales; pero, por otra parte, atendida la íntima unión del alma y el cuerpo, es imposible que el espíritu se impregne de adoración, y el corazón de agradecimiento, sin que el cuerpo experimente cierto anonadamiento ante Dios, y sin que ofrezca alguna señal visible de su gratitud y dependencia. Esta es la razón por la que, en el estado de sociedad, jamás ha existido la religión sin este sacrificio interior y exterior unidos en una misma **acción pública**, porque su objeto es reunir a los hombres en los testimonios que rinden a Dios de su servidumbre y de su amor en nombre de la sociedad.

2º Noción y tipos de sacrificio.

Considerado, pues, el sacrificio en su sentido estricto, puede definirse como *la oblación exterior de una cosa sensible, hecha a Dios solo, por un ministro legítimo, con destrucción, consumación o cambio de la misma, en reconocimiento de su soberano dominio, y por los demás fines del sacrificio*. Es decir, que **un ministro legítimo**, autorizado por el pueblo para con Dios y por Dios para con los hombres, y que sirve de intermediario, **hace a Dios**, a quien se debe la adoración de toda dependencia, **la oblación**, o el acto de renuncia al dominio o goce de tal o cual cosa creada para nuestro uso, con **destrucción, consumación o cambio** de la materia ofrecida, como la inmolación de un animal, la efusión de un licor, la evaporación de un perfume, **para reconocer**, atestiguar y publicar, por medio de esta renuncia exterior, **el dominio soberano de Dios**, a quien pertenece la propiedad real. Por esta destrucción o este cambio de la víctima reconocemos el derecho de vida y muerte que tiene el Señor sobre nosotros, la muerte que hemos merecido por el pecado, y la obligación de inmolarnos y dedicarnos enteramente a su amor y a su servicio.

Este homenaje de perfecta dependencia es el fin primero de toda oblación, que bajo este aspecto se llama sacrificio de adoración o **de latría**. Pero el sacrificio se ofrece también por otros fines secundarios y de gran utilidad: para dar gracias a Dios por sus beneficios, para pedir el perdón de nuestras culpas, o para implorar las gracias que necesitamos; y, bajo estos aspectos diversos, el sacrificio puede ser **eucarístico** o de acción de gracias, **propiciatorio** e **impetratorio**.

Esta es la noción estricta y precisa del sacrificio; pero también suele darse este nombre, en sentido amplio y por extensión, a las oraciones, a las limosnas, a la obediencia, a las buenas obras, al dolor de corazón por los pecados, porque en cierto sentido hacemos una oblación a Dios mediante todos estos actos de religión, y tal es el sentido en que hay que entender estas expresiones de la Escritura:

«Sacrificad al Señor un sacrificio de justicia» (Sal. 4 6); «inmolad a Dios un sacrificio de alabanza y rendidle vuestros votos» (Sal. 49 14); «un corazón quebrantado por el arrepentimiento es el sacrificio que agrada a Dios y que nunca desecha» (Sal. 50 19);

«es un sacrificio saludable observar los mandamientos y apartarse de todo pecado» (Ecl. 35 2); «la obediencia es mejor que las víctimas de los insensatos» (Ecl. 4 17); «no olvidéis la limosna y la beneficencia, porque Dios se aplaca con estas hostias» (Heb. 13 16).

3º Fines del sacrificio en el hombre inocente y en el hombre pecador.

El deber religioso del hombre, al salir de las manos del Creador, consistía en rendirle un triple tributo:

1º Ante todo, el tributo de **adoración** como al Ser soberano, y en cuanto fuera posible, un tributo de adoración eterna e infinita, como al Ser infinito y eterno.

2º Luego, el tributo de **acción de gracias** como a su Creador y Autor absoluto de todos sus bienes; pues para que Dios se los conserve y aumente cada día con nuevos beneficios, su vida debe ser una perpetua acción de gracias.

3º Finalmente, el tributo de **súplica**, implorando sus gracias y auxilios con oración humilde, ferviente y perseverante.

Tales eran los ejercicios ordinarios del hombre en el estado de inocencia, y si nuestro primer padre hubiese conservado para sí y sus descendientes la justicia original, «los hombres –dice San Agustín–, que habrían estado sin mancha de pecado, se habrían ofrecido a Dios como víctimas sin tacha» (CIUDAD DE DIOS, lib. I. c. 26); esto es, el corazón del hombre hubiese sido el templo, el altar, la víctima y el sacerdote de un sacrificio agradable al Señor.

Pero desde que el pecado nos despojó de los privilegios que Dios había otorgado al hombre, hubo que añadir a estas grandes obligaciones religiosas la de **aplacar la justicia divina** irritada por nuestro orgullo y nuestra ingratitud, la de conocer nuestra miseria más profundamente, y la continua dependencia de los socorros del cielo en todas nuestras necesidades morales y temporales.

Así pues, después de la caída del hombre, los fines del sacrificio han pasado a ser cuatro: **la adoración, la acción de gracias, la remisión de las ofensas y la oración que solicita la bendición de Dios**.

En este estado de degradación y de miseria ya no podía el corazón humano servir de altar y de víctima; incapaz de reparar el pecado a pesar de su penitencia, había que pedir a la naturaleza un templo, o fundarlo, cuando hubiese orden para ello; una piedra fría y sin adornos era menos indigna que este corazón de sostener la hostia de propiciación; los débiles elementos de una vida material, la sangre de animales salvajes, debían reemplazar exteriormente en el sacrificio a los pensamientos y afectos del hombre culpable, y sacar su valor y mérito de la gran Víctima del mundo a quien representaban, y de la fe de los sacrificadores elevada hasta la esperanza del Cordero de Dios. Holocausto transitorio de hostias ineficaces por sí mismas, recuerdo perpetuo de la impotencia y de la nulidad de los hombres, «impuesto –dice San Pablo– hasta el tiempo fijado para el gran restablecimiento» (Heb. 9 10), y abolido en la plenitud de los siglos, cuando apareció